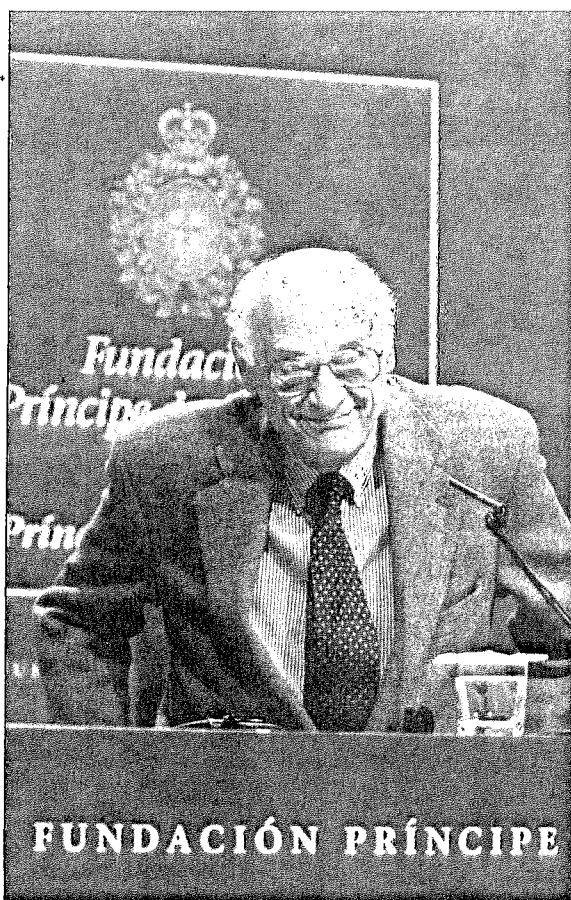


Luis Meana desarrolla en este artículo la figura de Arthur Miller no sólo como literato, sino como un reflejo del siglo. «Quizá su vida resulte, al final, más importante que su obra. Entre otras razones, porque esa vida ha sido una luz del siglo», explica el autor.

Arthur Miller

LUIS MEANA



Arthur Miller, en la rueda de prensa ofrecida, ayer, en Oviedo.

escrito en su código genético enrevesados jeroglíficos hebreos, con bailes de sinagoga, el sonido preñado del idioma alemán, la reverencia por los libros, que para ellos hasta tienen espina dorsal, el ansia del beneficio, el tesón terco, las inquietantes interrogantes del espíritu.

El paso de ese túnel es el siglo, en toda su extensión, intensidad y recorrido, que se va agarrando como una medusa a la vida de este niño-joven-hombre obligándole a un viaje continuo hacia sí mismo y hacia la comprensión de una historia incomprensible que, como un caballo salvaje, sólo da

brincos irracionales y coces mortales con forma de catástrofes. En el transcurso de ese túnel están los volátiles años 20, en los que, en la familia de Artie, los negocios textiles y las riquezas crecen y se multiplican como por magia; está también la trágica experiencia de la Gran Depresión, que no sólo trae la ruina de su padre, sino que se convierte en el vampiro que le chupa a ese padre toda su esencia, la ilusión vital, la fe en la lógica, la esperanza, experiencia que le fragmenta al hijo la figura del padre en dos mitades difícilmente conciliables, el padre real y el padre imaginado; está la Gran Guerra, está el MacCarthismo con sus trampas y traiciones, y está el Vietnam, es decir, las múltiples luchas políticas de Miller. Entre todos esos pasos, está también el eslabón perdido de Marilyn, la Venus americana, eslabón en el que se arremolinan con tempestuosa fiereza tantas claves de lucha y enredo entre el amor y el sexo, y cuya historia resulta aún hoy indecifrabable.

En todo ese largo camino

En todos estos pasos está también el eslabón perdido de Marilyn, la Venus americana

encuentra este viajero su sitio, no sin caídas, lacras o culpas personales. De todo eso sale una libación, literaria y vital, de valor y altura. Cuyo método consiste en ir desenredando un nudo enrevesado, en el que todo está mezclado en un inseparable magma o simbiosis. Nudo que no se puede entender cronológicamente, ni deshacer lógicamente, y que sólo puede deshacerse, como él mismo asegura, geológicamente, es decir, introduciéndose en sus capas y estratos. Capas en las que todo es igual y distinto al mismo tiempo, todo es, a la vez, sucesivo y simultáneo, y donde Artie es todos sus antepasados y descendientes, lo ocurrido es lo omitido, lo vivido lo desconocido, más los éxodos, las generaciones, el marxismo parricida, los violines y el hedor al holocausto. De todo eso surgen «Todos eran mis hijos», «Panorama desde el Puentes», o Willi Loman, el viajante desesperanzado y exprimido como un

limón, cuyo retrato es una fría autopsia de América, y un certero retrato de época, que se convertirá, bajo la sabia dirección de Kazan, en una catarsis colectiva americana. Lo paradójico de todo esto es que este gran viajero no llegase en su viaje a dar con Godot, con «Esperando a Godot», hallazgo para el que estaba sobredotado por entorno y naturaleza, pero que la fortuna le regaló a otro viajero, y eso que Miller no había hecho en su vida más que encontrarse y desencontrarse con Godot. Quizás actuó ahí silenciosamente el poderoso fondo atávico judío, que tiene blindada su genética para interrogantes tan desesperados e irreverentes.

El resultado de todo esto es una vida vivida, con lo que eso tiene de bueno o de malo, y una obra sólida basada en la fortaleza del texto. Quizá su vida resulte, al final, más importante que su obra. Entre otras razones, porque esa vida ha sido una luz del siglo. Metáfora que dice sólo lo que quiere decir, a saber, que esa vida ha sido un reflejo, extrañamente veraz y valiente, de su mundo, de un mundo encerrado durante mucho tiempo en un tenebroso túnel, en el que Miller tuvo la osadía o la compulsión de introducirse casi a ciegas para recorrerlo con una diminuta linterna, su mente. En ese sentido, ha sido un guía.

Probablemente volvemos a estar todos otra vez en el túnel, esta vez en un túnel lleno de luz pero quizá más oscuro que nunca. Y puede que no encontremos para ese viaje un guía tan lúcido o aguerrido como éste.

En mi opinión, una de las claves de toda gran escritura está en su poder ante la oxidación. Si algo hay magistral en este autor es su maestría para el tratamiento de la oxidación vital y literaria. Vida y obra se separan en dos grandes estratos: el racional / superficial y el atávico / profundo. Se le ha ido oxidando, quizá, el estrato superficial -izquierdista, racionalista, ideológico, temático-. Pero cualquier lector puede ver que no va a ser tan fácil que ese óxido afecte a la capa más atávica, que hace de arquitrabe de todo el edificio: el jeroglífico hebreo, las exploraciones del «tsadik» que se pregunta continuamente quién soy yo y qué es esta nada.

Woody Allen, rueda de prensa, mediodía de ayer, Oviedo. El mundo se le parece cada vez más: no se siente seguro. Un centenar de periodistas pasó por arcos detectores de metales, sensibilizados en el mismo grado que los del aeropuerto JFK. No todos los acreditados resultaron ser periodistas, pero ninguno de

Un millón



Por Javier Cuervo

El neoyorquizador

Mintió otra vez: atribuyó su éxito, desde sus inicios, a la suerte.

Pero dijo la verdad otra vez: como pesimista, espera la catástrofe y no se ha producido.

Fue doblado otra vez: habla de corrido con una voz que no se parece a «la de Woody Allen», pero el traductor simultáneo

mo círculo óptico, dos chinchetas que miran más hacia dentro que para fuera. Estático, como con problemas de coordinación, no manotea como en sus películas porque tiene una mímica muy contenida. Para los fotógrafos metió las manos en los bolsillos que es donde los tímidos guardan la inquietud.